

## EL DESAFÍO LITÚRGICO DEL PAPA FRANCISCO

Lino Emilio Díez VALLADARES

Lo que en principio parecía estar llamado a ser sencillamente el resultado de la asamblea sinodal sobre la nueva evangelización de 2012, se ha convertido, con el paso de los días, en un punto de referencia fundamental para la vida de la Iglesia. El vaticanista estadounidense John L. Allen,<sup>1</sup> ha llegado a comparar el documento papal con el famoso discurso de Martin Luther King, «*I have a dream*». Serán las futuras generaciones las que podrán calibrar precisamente cuánto refiera la Exhortación los contenidos de los mencionados trabajos sinodales y cuánto haya en ella de documento programático del pontificado del papa Francisco. Ciertamente, en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* se contienen muchos de los temas que en estos meses han caracterizado los mensajes del papa argentino y que han suscitado, dentro y fuera de la Iglesia, expectativas de reforma, desde el ya famoso «olor a oveja» de los pastores (núm. 24) hasta su necesario compromiso por la «inclusión social de los pobres» (núms. 53-60, 186-216). Es un documento sumamente rico que ofrece muchas claves para vislumbrar por donde quiere conducir el papa Francisco a la Iglesia en la senda de la nueva evangelización, con apuntes importantes en nuestro ámbito litúrgico. La liturgia aparece cuatro veces de forma explícita:

---

1 Periodista estadounidense especializado en noticias sobre la Iglesia católica. Es un experimentado corresponsal del semanario *National Catholic Reporter*, y analista sobre el Vaticano para las CNN y NPR.

La evangelización gozosa se vuelve belleza en la liturgia en medio de la exigencia diaria de extender el bien. La Iglesia evangeliza y se evangeliza a sí misma con la belleza de la liturgia, la cual también es celebración de la actividad evangelizadora y fuente de un renovado impulso donativo (núm. 24).

En algunos hay un cuidado ostentoso de la liturgia, de la doctrina y del prestigio de la Iglesia, pero sin preocuparles que el Evangelio tenga una real inserción en el pueblo fiel de Dios y en las necesidades concretas de la historia. Así, la vida de la Iglesia se convierte en una pieza de museo o en una posesión de pocos (núm. 95).

Consideremos ahora la predicación dentro de la liturgia, que requiere una seria evaluación de parte de los pastores (núm. 135).

Cuando la predicación se realiza dentro del contexto de la liturgia, se incorpora como parte de la ofrenda que se entrega al Padre y como mediación de la gracia que Cristo derrama en la celebración. Este mismo contexto exige que la predicación oriente a la asamblea, y también al predicador, a una comunión con Cristo en la Eucaristía que transforme la vida (núm. 138).

Resulta muy interesante analizar brevemente cada uno de los textos para descubrir los contenidos que apuntan.

En el primero (núm. 24), se menciona la liturgia subrayando un aspecto fundamental de la celebración: la belleza. Bergoglio escribe que la «la evangelización gozosa se vuelve belleza en la liturgia en medio de la exigencia diaria de extender el bien. La Iglesia evangeliza y se evangeliza a sí misma con la belleza de la liturgia, la cual también es celebración de la actividad evangelizadora y fuente de un renovado impulso donativo». Por lo que no se trata de una cuestión de simple belleza exterior, sino de dar espacio al verdadero protagonista, que no es quien celebra, ni su creatividad, sus habilidades o su «actuación». No hay ninguna duda sobre la atención a la liturgia, pero es muy diferente la ostentación maníaca, que conduciría, en efecto, a que la Iglesia se convirtiera «en una pieza de museo o en una posesión de pocos».

El segundo texto, significativamente, se encuentra dentro del apartado titulado *Tentaciones de los agentes pastorales* (núms. 76-109), en el que se realiza un detallado diagnóstico de las diversas patologías

que pueden dificultar la integridad de la misión evangelizadora de la Iglesia.

Los dos últimos textos se refieren más directamente al ministerio de la predicación, a causa del cual ministros y fieles «muchas veces sufren, unos al escuchar y otros al predicar» (núm. 135). Resulta elocuente el amplio espacio que el papa Francisco da a la predicación, y a la específica condición de la que se realiza en el marco de la celebración litúrgica, la homilía; tiene sus propias características, que han de ser observadas. No se trata de una «simple» kerigmática proclamación del Evangelio, ha de tener presente el contexto de la celebración litúrgica en el que se desarrolla.

*Frente a un «cuidado ostentoso de la liturgia»...*

Al leer el núm. 95 en el que el papa alude al «cuidado ostentoso de la liturgia, de la doctrina y del prestigio de la Iglesia» conviene no olvidar la llamada de atención del número precedente en el que se condena una mundanidad fruto del «neopelagianismo autorreferencial y prometeico de quienes en el fondo solo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas o por ser inquebrantablemente fieles a cierto estilo católico propio del pasado» (núm. 94); el Papa previene ante un peligroso antropocentrismo inmanentista...

Es durísimo el papa Francisco ante la «mundanidad» espiritual, «infinitamente más desastrosa que cualquier otra moral simplemente moral [De Lubac]» (núm. 93).

Quizá con demasiada rapidez, algunos han interpretado esa referencia al «cuidado ostentoso de la liturgia» como una simple condena de los sectores más tradicionales que en la Iglesia tratan de conservar la ahora denominada forma extraordinaria del rito romano. Pero se puede aplicar igualmente a todos aquellos que todavía hoy, pasados los primeros años después del Vaticano II cuando se autoerigieron en expertos, siguen creando sus propios ritos y ceremonias creyendo hacer, equivocadamente, la verdadera liturgia, a base de recuperar acríticamente usos de los primeros siglos de la vida de la Iglesia. El hecho de que la llamada de atención

pueda ser utilizada como arma arrojada por dos grupos eclesiales tan diametralmente opuestos en sus visiones sobre las necesarias reformas de la Iglesia subraya el acierto de la apreciación del papa sobre lo necesarias que resultarán «al evangelizador ciertas actitudes que ayudan a acoger mejor el anuncio: cercanía, apertura al diálogo, paciencia, acogida cordial que no condena» (núm. 165).

El papa describe «actitudes aparentemente opuestas, pero con la misma pretensión de “dominar el espacio de la Iglesia”». Y en este punto alude al «cuidado ostentoso de la liturgia, de la doctrina y del prestigio de la Iglesia» que se nota en algunos, «pero sin preocuparles que el Evangelio tenga una real inserción en el pueblo fiel de Dios y en las necesidades concretas de la historia». No es difícil identificar estas actitudes en quienes, malinterpretando, por ejemplo, la profundidad de las reflexiones del cardenal Ratzinger y después de Benedicto XVI sobre la liturgia, se han escudado en ellas para sustituir el centro del misterio celebrado con los desfiles de moda sacra, con esteticismos de coleccionista, con patológicas recuperaciones de vestimentas que acaban solo por glorificar a los que las usan y se complacen porque las fotografías que los retratan aparecen repetidamente en diversos blogs del mundo entero.

### *...una profunda sencillez*

Basta seguir una de las misas del papa para comprender la intensidad con la que Francisco celebra y su comprensión del misterio celebrado.

Una parte, no precisamente secundaria del discurso del papa Francisco se materializa cada mañana, fresca como pan recién sacado del horno, en la fragua litúrgica de la capilla de Santa Marta, en la que el papa preside cotidianamente la concelebración eucarística, y hace siempre una breve homilía. No celebra con la curia, sino con los que se encuentran en Santa Marta, inspirando la propia reflexión en la palabra proclamada/escuchada y en las personas encontradas. Este papa, el primer «hijo» del Concilio,<sup>2</sup> aplica

---

2 No debemos olvidar que Jorge M. Bergoglio nació en 1936 y fue ordenado en 1969. La diferencia de edad no es muy grande con el papa Benedicto XVI,

espontáneamente dos de los dictados fundamentales –a menudo relativizados– del Concilio litúrgico: concelebrar y tener homilía cada día, en el contexto de una comunidad no electiva sino ministerial. En relación a la praxis «privada» de sus predecesores –tan enraizada que parecía natural, obvia y hasta necesaria– este modo de actuar ritualmente es la actualización del mandato conciliar precisamente en el corazón de la Iglesia, llevando al centro una exigencia hasta ahora sólo evidente en la periferia.

*...cercana al hombre de hoy*

Por último, resulta muy significativa la repetida insistencia a lo largo de la Exhortación a aspectos que tienen que ver con la inculturación («la gracia supone la cultura, y el don de Dios se encarna en la cultura de quien lo recibe» –núm. 115–; «no es indispensable imponer una determinada forma cultural... junto con la propuesta del Evangelio» –núm. 117–), la adaptación («hay que atreverse a encontrar los nuevos signos, los nuevos símbolos, una nueva carne para la transmisión de la Palabra...» –núm. 167–), o a la atención al lenguaje, el cual a fuerza de ser ortodoxo podría llegar a ser incomprensible... (cf. núm. 41).

Leyendo estos últimos textos, y vista la evidente diferencia con los criterios recientes sobre los mismos temas, cabe plantearse más de un interrogante sobre la actual situación de la renovación en curso de los libros litúrgicos (*Misal* y leccionarios, especialmente) en nuestra Iglesia española. A la luz del estilo y de las palabras del papa Francisco, cuando se augura la próxima aprobación por

---

pero sí lo es en cuanto a ambiente vital y eclesial en la formación. Haber vivido el seminario en los años 40 (Ratzinger) o en los 60 (Bergoglio), haber sido ordenado en Alemania en 1951 (con 24 años) o en Argentina en 1966 (con 33 años) crea una diferencia de referencias eclesiales, de sensibilidad pastoral y de cultura teológica mucho más grande e incisiva de lo que se pueda pensar: una pequeña diferencia biográfica de nueve años se convierte en una auténtica diferencia «generacional». El papa Francisco aparece, entonces, como el fruto de una generación sucesiva a la de J. Ratzinger, profundamente transformada, precisamente por el Vaticano II, en sus lenguajes y en sus prioridades. Francisco llega a su madurez cristiana, sacerdotal y jesuita en la Iglesia postconciliar.

parte de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos de la traducción española del *Misal*: ¿no nos encontraremos en poco tiempo con un texto incómodo entre las manos si los actuales criterios se modifican? Puede ser un temor fundado...

Ahí dejo la cuestión. Como decía el viejo catecismo: «Doctores tiene la santa madre Iglesia... que le sabrán responder».

Lino Emilio DÍEZ VALLADARES

*Sacerdote sacramentino, es doctor en liturgia y asesor permanente de la Comisión Episcopal de Liturgia de la Conferencia Episcopal Español.*